



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

HACED LO QUE ÉL OS DIGA. AMOR HUMANO, AMOR DIVINO

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=3xSi25Wtt98>

Les presentamos a continuación la catequesis que impartió monseñor José Ignacio Munilla Aguirre, obispo de San Sebastián, en la peregrinación universitaria a la basílica de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, Pilarada 2014.

Concretamente, esta catequesis tuvo lugar en el campus de la Universidad San Jorge y al finalizar la misma, los universitarios comenzaron su peregrinación hasta los pies de la Virgen, a quien le ofrecieron los frutos intelectuales y académicos y el curso escolar.

Me hace mucha ilusión estar entre vosotros en esta pilarada y le doy gracias a Dios por ser vocero de su evangelio. Yo creo que nunca mejor se predica cuando se ha escuchado primero el evangelio.

Este evangelio en concreto, el de las bodas de Caná de Galilea, que introduce el camino que vais a hacer hasta la Virgen del Pilar, ¿no? Esa peregrinación de unos cuantos kilómetros, según me han dicho, cerca de 20, está introducida por este evangelio de las bodas de Caná de Galilea, que yo quisiera que os inspire en vuestro caminar. Me gustaría que las palabras, los comentarios que yo voy a hacer sobre este evangelio inspirasen vuestro caminar. Es verdad que yo he sido también hijo de la experiencia del camino de Santiago, y cuando uno camina prolongadamente creo que también es una gran posibilidad de empaparse, de dejarse penetrar de la palabra que se le ha proclamado.

Pues bien, primer detalle que me parece importantísimo. Según el evangelio de San Juan, estamos en la primera aparición pública de Jesucristo, es su puesta en escena. La puesta en escena de Jesucristo tiene lugar en unas bodas. ¿Una casualidad?, ¿es un dato irrelevante?, ¿podía haber sido de otra manera.? A ver, Dios ha querido que sea así, Y si se dice de algunos que no dan puntada sin hilo, bastante menos de la providencia de Dios. La providencia de Dios no da ninguna puntada sin hilo. Y el hecho de que la primera aparición pública de Jesús, el primer lugar en el que él hizo un signo, un milagro, fuese unas bodas, la verdad es que nos está diciendo que Jesús es

consciente de que se hace presente en el lugar en el que se juega la felicidad del hombre.

El lugar en el que se juega la felicidad del hombre no es un banco, ¿sabéis? No es una caja de ahorros, aunque algunos se lo piensen así. El lugar en el que se juega la felicidad del hombre es el misterio del amor, el misterio del amor humano. Ahí se juega nuestra felicidad, en que uno se sienta amado y en que se sienta llamado a amar. Ahí es donde se juega que una vida sea feliz o sea desgraciada. Y se juega, incluso con permiso de la vicerrectora de la universidad, se juega ahí más que las notas de la universidad, ¿sabes?, con permiso de la vicerrectora, ahí es donde se juega determinadamente nuestra vida.

Jesús se quiso hacer presente ahí, en Caná de Galilea y además se hizo presente ahí porque sabe que hay un drama. Esto no solo es una afirmación hermosa, hay un drama. Y el drama consiste en que estamos llamados a esa vocación al amor, pero no es tan fácil amar, ¿sabes? No es tan fácil responder a esa llamada del amor con coherencia, en fidelidad, en constancia, no es tan fácil. Y el drama es que uno quiere, pero no siempre lo hace bien, mete la pata con mucha facilidad.

Yo suelo decir que uno de los refranes más falsos que existen por ahí es el que dice, "Querer es poder. Querer es poder". Yo creo que eso es muy voluntarismo puro. No es verdad que querer sea poder. Cuántas veces hemos querido cosas que no hemos sido capaces de rematar, ¿no?

Dice San Pablo, "A veces tomo la decisión de no hacer el mal y me veo haciéndolo, y otras veces digo, voy a hacer el bien y luego no soy capaz de realizarlo". Eso de que querer es poder, es un desconocimiento de nuestra realidad que es bastante limitada, pobre, herida. A ver, vamos a reconocernos como somos, ¿eh? Porque es verdad que estamos llamados a grandes ideales, pero es importante no perder de vista el punto de partida y es que somos débiles, estamos llamados al amor, pero nos cuesta amar, nos cuesta ser fieles en el amor.

Y entonces, en este evangelio de las bodas de Cana, se habla de que se les había acabado el vino. Habían comenzado la fiesta. Se ve que las bodas de los judíos eran de esas que se prolongaban varios días ¿sabes? varios días de boda y entonces se les acababa el vino. Sin duda alguna, el evangelista San Juan, que es el teólogo, que ciertamente este también es de los que no da puntada sin hilo, está sugiriéndonos que ese vino que se acaba, ese vino que se acaba pronto y que las bodas se quedan chafadas porque se acaba el vino, es el misterio del amor que se acaba. Sí, amor, sí, pero es que se me acaba el amor. ¿No conocéis por ahí gente que dice, "Es que se me ha acabado el amor y he roto esta relación?" ¿No conocéis gente que ha dicho, "Pues es que se me ha acabado el amor y se me acaba el matrimonio?" Eso es un gran drama.

El vino se les acaba, se les acaba el vino y ¿qué vamos a hacer? La boda está chafada. Es el misterio de la vida en la que sí, hay amor humano, hay ilusiones humanas, pero es que las ilusiones se acaban, ¿sabes? es que se acaban. Cuántas veces nos hemos ilusionado con una cosa y la hemos dejado a medias. Cuántas veces he dicho, "Voy a voy a tomarme esto en serio". Y luego lo has dejado empantanado enseguida. Es decir, que Jesús se presenta en las bodas de Caná de Galilea porque sabe que ahí se está

jugando la felicidad o la infelicidad del hombre en la capacidad de amar o en la incapacidad de amar, en la capacidad o incapacidad de responder a la vocación para la que hemos sido creados.

Y Jesús, ¿qué? ¿Por qué se hace presente? ¿Para qué se hace presente? ¿para comprobar el drama, para ver el problemón que existe, que hay que amar y no sé cómo amar y soy incapaz y soy un egoísta y mi egoísmo lo echa todo a perder?

No, Jesús no solamente constata el problema, Jesús tiene una respuesta para el problema. Tiene una respuesta, que el amor divino, es la escuela del amor humano. Lo que Jesús les dice a los asistentes a esa boda, lo que le dice la iglesia a unos jóvenes que están enamorados o alguien que accede al matrimonio, es "si quieres aprender a amar en fidelidad, que el amor de Cristo sea tu escuela". Que el amor de Cristo a su iglesia, el amor de Cristo que entregó su vida por nuestra salvación sea la imagen en la que el hombre y la mujer se aman y se quieren. Y digo el hombre y la mujer y digo también dos amigos, y dos primos, y dos hermanos, porque en el fondo todo amor humano tiene el amor divino como su escuela. O sea, Jesús tiene una respuesta para resolver este drama. El amor divino es la escuela del amor humano. Y claro, un alumno que no tiene maestro es que es un drama. Un amor humano sin amor divino, ¿de dónde aprende? ¿A dónde mira? ¡Qué problema! Es que estamos llamados a que el amor humano aprenda del amor divino.

Cuando hace dos días celebrábamos la fiesta de San Juan Pablo II, bueno, San Juan Pablo II, él fue un enamorado del amor humano. Él fue acompañante de parejas que se preparaban para el matrimonio. Vamos, hizo de la pastoral del noviazgo y del matrimonio una parte muy importante de los primeros años de su sacerdocio. Y él dice en uno de los libros de entrevistas que le hicieron durante su pontificado, "En los primeros años de sacerdocio aprendí a enamorarme del amor humano". O sea, desde Jesucristo entendí la maravilla del amor humano, porque Jesús revela al hombre su vocación al amor. Por eso fue Jesús a las bodas de Caná de Galilea, no porque estuviese aburrido ese día, o porque dijera, "A ver, ¿qué hacemos mañana? no fue por eso.

En segundo lugar, la batalla del amor es una batalla potente, ¿sabéis? O sea, no os penséis que se puede aprender a amar sin que, eso es como la función clorofílica, es por sí mismo. ¿Sabes cómo aprende amar uno? Pues por sí mismo. Es como la función clorofílica, tú sin darte cuenta estás teniendo lugar, ¿no? No es verdad. Aprender a amar es una gran batalla, supone mantenerse en pie cuando estás cansado, supone remar en contra de corriente cuando tú irías por el lado contrario. Aprender a amar es una batalla. Algunos confunden amor con romanticismo y así les va, claro. Amor se escribe con sangre, y eso Jesús nos lo reveló. El evangelio nos revela que el amor, el auténtico amor y el amor de donación se escribe con sangre.

Ayer le dieron el premio a Quino en la de los premios Asturias, ¿no? Y recuerdo uno una de esas viñetas en las que Mafalda decía, "la vida es linda, solo que un montón de idiotas confunden linda con fácil," ¿no? Y es verdad, a ver, esto es una batalla, señores, esto es una batalla y a veces hemos confundido, creo que es un drama, el haber reducido el amor a una visión meramente romántica, olvidando otras características del amor, que aparte de esa faceta romántica, el amor tiene otras características. El amor también es hidalgo, es luchador, es idealista, es sacrificado.

Por eso creo que Jesús une, fijaros bien la vocación al amor, que es una lucha, con este encuentro de las bodas de Cana, en el cual la Virgen María llama a su hijo a vivir su hora. No sé si os llama la atención esto. Alguien dijo del evangelio de San Juan que es el evangelio de la hora. ¿Por qué el evangelio de la hora? Porque en él se dice, "Mujer, todavía no ha llegado mi hora". Luego dice más tarde, "Ya se acerca mi hora. Esta es mi hora. Para esta hora he venido al mundo, para la hora de la cruz". El evangelio de San Juan ha sido llamado el evangelio de la hora. Entendida la hora como la hora de la cruz. Cada uno de nosotros tenemos una hora, que es un momento clave, en el que estamos llamados a subir a la cruz. Dios sabe ese momento cuándo va a tener lugar, igual no es un único momento, pueden ser varios momentos de tu vida la hora en la que estás llamado a subir a la cruz, y todos nos preparamos para esa hora.

Lo curioso es que la Virgen María empuja a su hijo a que llegue esa hora. Dice, "Mujer, no ha llegado a mi hora". Y la Virgen le pega un empujoncito, que siendo una madre es más que un empujoncito, que es un tirarle a la piscina para ser claros, ¿no? La Virgen María es introductora en la hora de Jesucristo. Es introductora de su hora.

Lo típico sería que una madre, por un equivocado amor de sobreprotección le dijera, "Ay mi hijo que no sufra", lo típico, hay amores que parece que son un amor muy grande, muy grande, pero son amores equivocados, son amores que no ayudan a crecer, como lo típico, ¿no? la sobreprotección de los hijos, sacarles la cara a todo siempre, incluso cuando no se debe sacarles la cara. No sé si a alguien le suena esto, aunque sea muy cómodo, pero no está bien.

Hay un estilo de amor, y es un estilo de amor que no ayuda a abrazar la cruz, y la Virgen María no cayó en esa tentación. La Virgen María no fue un freno para que su hijo viviese su hora y subiese a la cruz. Más bien fue un acicate para abrazar la cruz, para que cada uno cumpliera su camino.

Entonces es que Jesús nos enseña y comienza su hora ya en las bodas de Caná de Galilea, que amar supone sacrificio, amar supone olvido de uno mismo. Es imposible, fijaros bien, aprender a amar sin que uno haya asumido en su vida la escuela de la renuncia a su propio egoísmo. Si tú no aprendes a renunciar a tu propio egoísmo, no sabrás amar. Serás un narcisista, ¿no? Un narcisista incapaz de salir de sí mismo, y entonces tu vida será una frustración. O sea, el amor exige una educación en la renuncia de nosotros mismos, en la mortificación, en los pequeños sacrificios. Eso es totalmente básico. El que no sabe realizar pequeñas renunciaciones en su vida, no sabe amar. Renunciaciones en "me apetece", "no me apetece". Siempre lo cómodo, lo placentero, el máximo placer con el mínimo esfuerzo. Mal asunto.

Alguien dijo que para que un matrimonio funcione y no se rompa, tiene que haber por lo menos un tonto, entendido por un tonto, alguien capaz de sacrificarse, claro. Y para que el matrimonio sea feliz, tienen que ser tontos todos, entendido por tonto, lo que entiende el mundo que no lo es, que es la sabiduría del evangelio, la sabiduría del olvido de nosotros mismos. Solamente así el amor funciona y es feliz.

O sea, que creo que Jesús se hace presente en las bodas de Caná de Galilea, no solo para decir el amor es lindo, el amor es bonito, sino para enseñarnos a amar abrazando la cruz.

Ayer envié a las redes sociales pensando un poco en esta charla la siguiente reflexión. El egoísmo es la muerte del amor, pero el amor es la muerte del egoísmo. Y quedémonos con lo segundo, ¿me explico? Al egoísmo se le puede matar, pero hay que matarle estrangulándolo bien. Explico: con el egoísmo hay que enfrentarse con fuerza, no cederle. Si le cedes, al egoísmo, vas mal. Hay que aplicarle lo que dice el refrán: al enemigo ni agua y en el desierto polvorón, que se dice. Es decir, hay que luchar contra el egoísmo sin cederle, porque si no, se adueña. Y qué importante es que apliquemos esto en nuestra capacidad de mortificación, de sacrificio, de renuncia de los pequeños caprichos, de superar mi egoísmo. La escuela del olvido de uno mismo es la escuela del amor de Cristo. No buscar siempre lo placentero, lo fácil, lo cómodo.

Y entonces viene en este contexto, que parece que Jesús se hacía el longuissímo y dice, "Todavía no ha llegado mi hora". Y la Virgen le pega un empujoncito y además lo hace de una manera impecable. Dice, "Haced lo que él os diga"., "Yo no os digo nada, pero haced lo que él os diga". Que es el lema de esta pilarada, ¿no? Haced lo que él os diga.

Es decir, la Virgen María nos dice, "Mirad, la clave de la felicidad está en hacer la voluntad de Dios". ¿Uno cómo es feliz? Querer lo que Dios quiera. Que mi querer, sea el querer de Dios. Esa es la felicidad. Entender esto, tener esta sabiduría, comprender que la felicidad no consiste en que mis sueños se cumplan. Seríamos unos desgraciados, si nuestros sueños se cumpliesen, seríamos unos desgraciados, estoy seguro. A ver, formula tres deseos. Mi felicidad no consiste en que mis sueños se cumplan, sino mi felicidad consiste en descubrir y abrazar y entregarme a la voluntad de Dios, a su designio, a la vocación que él me ha dado en mi vida, entendiendo que la libertad no es hacer una cosa a su contraria, porque uno de los grandes dramas que tenemos hoy en día es, ¿qué es el hombre maduro, el hombre libre? El que hace lo que le da la gana. Mira, el que hace lo que le da la gana es esclavo de sus ganas, que buenas son las ganas, menudas son como para esclavizarte y encima hacerte pensar que eres libre. El que dice que hace lo que le da la gana es esclavo de un carcelero que se llama gana o ganas, que es de lo más cruel que existe.

Luego también esa frase de María, ¿no? "Haced lo que él os diga", es una llamada a redescubrir la auténtica libertad, que la libertad no es el libre albedrío, hacer una cosa o su contraria, ¿no? La libertad es la capacidad del hombre para determinarse por el bien. Eso es la libertad. La libertad no es elegir una cosa o su contraria, no importa, tú elige lo que quieras, el caso es que elijas tú.

Pero hombre, ¿qué imagen de libertad esa? La que está de moda en nuestros días, eh Porque el falso Dios de nuestros días, ¿sabéis cuál es? el que se habla del derecho a decidir, que está muy de moda esto; "derecho a decidir". Tú decides, no importa lo que di, pero decides tú.

Maternidad, derecho a decidir.

Bueno, el suicidio, derecho a decidir.

La convivencia social entre nosotros, derecho a decidir.

Hombre, es que habrá que tener en cuenta que, si existe una vida humana, yo no tengo el derecho a decidir contra la vida humana que está ahí, ¿no?, por poner un ejemplo, en

el tema del aborto, recuerdo que pues que un determinado político, no puede decir su nombre, en una ocasión dijo, "No, a nadie se le puede obligar a ser madre". Yo le respondí, dije, "Hombre, madre ya lo es. Ahora el asunto está si el niño nace vivo o nace muerto, pero madre ya lo es. No diga usted derecho a ser madre".

Es que, la expresión "derecho a decidir" parece que se formula como si la libertad fuese un fin y no fuese un medio. La libertad no es un fin, la libertad es un medio, para descubrir el bien común, la libertad es un medio para realizar el bien posible, el bien real. Por eso cuando la Virgen María dice, "Haced lo que él os diga", ¿qué? entonces esclavos, ¿no? No, no, perdón. Buscar la voluntad de Dios no es ser esclavo, es ser libre, es utilizar bien mi libertad, es utilizar la libertad para lo que merece la pena.

Porque aquí hay una paradoja muy grande, y es que el mundo te promete libertad y te esclaviza. Y Jesucristo te pide que cumplas su ley y te libera, y eso el que no lo haya entendido va a tener que sufrir mucho hasta que lo aprenda en sus propias carnes. ¿Sabes? porque es así. Este mundo te ofrece una libertad y te esclaviza. Y Jesucristo, sin embargo, de marketing entiende muy poco, porque mira que el marketing siempre te esconde lo dificultoso y te pongo lo bonito por delante, ¿no? Jesús te dice, "Abraza la cruz". Y así alguno le diría, "Oye, Señor, tú de marketing entiendes poco", oculta un poco eso. No lo digas tan no lo digas por delante, ¿? No, no. Jesús no anda con tonterías. Te dice, "Abraza mi cruz, ven y sígueme". Jesús te propone una ley que te libera, y este mundo te ofrece una libertad que esclaviza.

O sea, que lo que Jesús dice, "No, "haced os lo que le dice la Virgen María, ¿no? Hacer lo que él os diga, es saber que la cumbre de la libertad humana es la voluntad de Dios". Esto, como os podéis imaginar, contrasta un poquito, con lo que nuestra sociedad entiende, ¿no? Pues como un falso concepto de libertad. La cumbre de la libertad humana es la voluntad de Dios, porque la libertad es un medio, no es un fin. Es un medio para dar lo mejor de nosotros mismos, para construir el bien, sabiendo que no somos individuos aislados. La cumbre del hombre no es su autonomía, la cumbre del hombre es la comunión, su comunión con los demás. No hemos sido creados para ser individuos, sino para vivir en comunión de amor, que por algo somos imagen y semejanza de la Santísima Trinidad, no de un Dios aislado, solo y solitario.

Bien, un pasito más. Al final de este episodio hay una sorpresa cuando ven el agua convertida en vino y además el vino era bastante mejor, se ve que el primero era un poco peleón. Y esto sigue siendo así, porque que sepáis que cuando vayáis de visita a Tierra Santa y paséis por Caná de Galilea, allí venden botellas de vino. Si compráis una, entenderéis que el primer vino debería ser muy malo, como el que actualmente se vende allí en Caná de Galilea, que es un vino, madre mía, bastante malucho. Bueno, pues el primer vino se ve que era muchísimo peor que el que Jesús hizo después de su milagro, ¿no? Y allí salió una frase sorprendente. Dice, "Todo el mundo pone primero el vino bueno y dejan el vino malo para el final", cuando la gente está bebida ya no distingue ya las churras de las merinas, ¿sabes? Ya le das cualquier cosa y bebe lo que sea. Pero tú, en cambio, has guardado el vino bueno para el final.

Y San Juan, ese teólogo, el que reclinó la cabeza en el costado de Cristo, ese que no da puntada sin hilo, está diciendo mucho también en esto, eso de que Dios guarda el vino bueno para el final. ¿Qué quiere decir eso? que el ideal que a ti se te presenta es que tú, en tu vida, vayas creciendo, que lo mejor de tu vida todavía no ha llegado, que

Dios tiene un proyecto de santidad para nosotros y que nuestra vida tiene que consistir en un continuo crecimiento. Ya sé que esto no se entiende.

Fijaos, hay tres facetas en la vida de la persona: la física, la psicológica y la espiritual.

Físicamente, el hombre alcanza su plenitud en una edad muy joven y luego viene la cuesta abajo. ¿Alguno ha visto alguien de mi edad en la selección nacional de fútbol? Pues no, me explico, se nos ha pasado el arroz, eso es obvio.

Psicológicamente también existe una plenitud que se alcanza un poco más tarde que la física, y luego viene la cuesta abajo. Si alguien se queda en paro con 60 años tendrá un problema, porque la gente entiende que su plenitud ya pasó y le va a costar que le contraten con esa edad.

Y espiritualmente, ¿cuándo viene el declive? Y obviamente a diferencia de la dimensión física y la psicológica, espiritualmente un hombre, una mujer están llamados a que su vida sea un crecimiento ininterrumpido hasta el encuentro con Dios.

O sea, es decir, el vino bueno, el Señor lo ha dejado para el final. Nuestra vida tiene que ser un continuo crecimiento en la santidad, y en la plenitud de la vida se nos examinará del amor. Y si quieres el día de mañana ser santo, pon las bases y selo hoy, porque de lo que hoy digas que sí, ocurrirá el día de mañana mucho. Así de claro. Algunos dicen, "Voy a dejarlo para última hora". Mal asunto, en cada paso que damos, ponemos las bases para el siguiente. Tu sí de mañana depende del sí de hoy. El sí de hoy construye el sí de mañana. por eso ¿no? me parece esa frase del evangelio, "has guardado el vino bueno para el final".

¿Os habéis fijado en nuestros abuelos? ¿Vosotros creéis que los abuelos son así? Dice, "Jo, es que tengo unos abuelos que son auténticos. Son así de generosos, de serenos, de maduros. ¿Los abuelos son así porque a última hora ha salido eso como una seta, que sale y de repente?, no, no, perdón, eso ha sido así porque habido un in crescendo toda tu vida. Tus abuelos son así porque habido un proceso de crecimiento en su vida y el Señor ha guardado el vino bueno para el final.

Luego yo creo que es muy importante, que entendamos que nuestra vida es una carrera a la santidad en la que mi principal preocupación tiene que ser esa, la preocupación de decir "hoy estoy más cerca de Dios que ayer". Y, sin embargo, hay gente que dice, "Bueno, yo es que cuando hice la primera comunión, entonces sí estaba cerca de Dios, pero luego ya me he ido olvidando". Pues vas como los cangrejos para atrás, porque en la vida espiritual el que no crece, está en crisis.

Y por último, ¿quién se casaba en esa boda? Porque, oye, mira que el evangelio de San Juan cuenta detalles, ¿no? Pues de eso no dice nada.

A ver, a nosotros nos gusta saber un poquito de detalles, ¿no? Sobre todo, de temas de bodas suena ya un poquito de revista del corazón. Parece que desde luego San José ya había fallecido. Si no, es impensable que una mujer como María vaya a unas bodas sin su marido. Es obvio que José había fallecido. Debía de ser alguien un poco cercano, cercano a los apóstoles, porque el hecho de que estuviesen todos los apóstoles,

hombre, si Jesús acudió con sus apóstoles, el que se casaba, no sé, tenía que ser alguien un tanto allegado a ellos, alguien del grupo. Es como cuando se casa alguien del grupo de la parroquia y van los del grupo, una cosa así, ¿no? Pero fíjate tú por dónde que no nos dicen, no nos sacian la curiosidad de quién era, no se sabe el nombre. Yo creo que también ese olvido es voluntario. Es un olvido voluntario, porque al final en ese pasaje evangélico se muestra Jesús como el novio, como el esposo. Jesús es presentado por el evangelio de San Juan como el esposo de la humanidad. Él es quien viene a desposarse con todos nosotros, quien viene a desposarse con su iglesia, con la humanidad. Jesús es el esposo. Y quizás la Virgen María hace de madrina de esa boda, ¿sabes? Ella hace de madrina, hace de introductora.

Pero en este evangelio se nos descubre un aspecto importante y es que hablábamos del misterio del amor humano, hablábamos de cómo el amor divino es educador del amor humano. Jesús tiene una relación con nosotros sponsal. Es verdad que luego la mayoría de vosotros vais a recibir con toda probabilidad la vocación matrimonial, y tendréis un esposo, o una esposa que será imagen de ese desposorio con Jesucristo. Pero en el fondo lo definitivo, lo que configura nuestra vida, es el desposorio con Jesús.

El día de mi ordenación episcopal, me acuerdo que se me ocurrió hacer una catequesis en las palabras que pronuncié, del anillo que suele llevar el obispo, ¿no? El anillo que lleva el obispo, a diferencia del que llevan vuestros padres o del que llevan las religiosas, el anillo del obispo significa el desposorio con la Iglesia; es Jesús que se desposa con la iglesia. Y por eso, ese anillo significándole a Jesús que se ha desposado con la iglesia. Y comenté en la homilía que eso es verdad, pero que debajo de este anillo hay otro que es el de tu desposorio con Jesús. Cada uno de nosotros está desposado con Jesús, y por eso después podemos desposarnos con lo que Dios ponga en nuestra vida, con la vocación que nos dé. Porque estás unido a Jesús, puedes llegar a entregarte, a comprometerte, a desposarte con la vocación que Dios te dé en tu vida.

Dije eso y luego cuando terminó la ceremonia, que suele haber la costumbre de que pase la gente y vayan besando el anillo del obispo, se hace una cola tremenda y además ese día suele ser una anécdota compartida entre obispos, casi siempre terminas con él porque pasa miles de personas y que el que más te quiere, más te aprieta, ¿sabes? y acabas con el dedo destrozado. Me acuerdo que, bueno, todavía tengo yo alguna marca de ese día en el dedo que no se me ha quitado para que os hagáis una idea, eh.

Y me acuerdo que viene una señora que había escuchado esa anécdota del anillo y se puso a tirarme del anillo diciendo, "¿Y dónde está el otro debajo que no lo veo? Yo decía, "Hombre, era una explicación mística" le decía ¿no? pero bueno, la mujer se lo tomó totalmente en serio porque es verdad, porque Jesús es nuestro esposo. Estamos desposados con él. Él es el que funda nuestro amor, es la escuela del amor humano.

Por eso yo os invito a todos, ¿no?, que cuando caminemos hacia el pilar, que cuando hagáis esta caminata, pues vayáis pensando, "Mi vida tiene un sentido. Yo soy peregrino de la vocación al amor, pero yo no me invento el amor, ¿me explico?" No, yo no lo invento, el amor existe, yo lo encarno. Pero el amor viene de Dios yo lo encarno en mi vida, lo encarno en mi noviazgo, lo encarno en mi amistad, en mi cuadrilla, en mi familia. Yo encarno el amor, pero no lo invento, viene de Dios. Yo lo recibo, lo encarno.

La Virgen María me enseña, a que con mucha delicadeza lo aplique en mi caso concreto.

Bueno, yo le pido al Señor esa gracia para todos vosotros, y si os parece como tenemos igual pues un ratito antes de continuar si alguno quiere hacer alguna reflexión, alguna pregunta con respecto a este pasaje de las bodas de carne de Galilea, pues tenemos un momento.

Mira, lo que has dicho también me sirve para hacer una precisión importante porque muchas veces me suelen preguntar una cosa que tú no me has preguntado, no me escaqueo de la pregunta, ¿eh? Luego voy a ella, pero que me has dado pie para decir una cosa. Con mucha frecuencia te suelen preguntar, ¿y los solteros? Porque claro, por una parte están los casados que bien pues que con su amor humano es imagen del amor divino y los sacerdotes y las religiosas pues tienen el celibato y tienen su desposorio directo con Jesús. Están directamente unidos a él. Y los solteros, ¿qué pasa? ¿que se quedan en territorio de nadie? Bueno, pues yo creo que también hay que decir que la vocación al amor humano se realiza de muchas maneras y también un soltero está llamado, está llamado sin duda alguna a realizar esa vocación al amor, pues vivida en la entrega, en el servicio, en la capacidad de tener una disponibilidad quizás muchas veces para la entrega. Todos conocemos también a personas solteras que han hecho de su vida una entrega tremenda a cuidar a los padres mayores, a servir a dar un tiempo libre, o sea, en su tiempo libre como disponen de más tiempo que los casados. Es decir, que el amor siempre es fecundo. Existen distintos tipos de fecundidad en el amor.

Pero ¿qué ocurre? Eso hay que hacerlo en cualquier vocación, casado, soltero, sacerdote, religiosa. Pero, sin embargo, por eso voy a lo que decía al principio de la charla, es que no es tan fácil amar bien. Es que es muy difícil amar bien. Es que supone una escuela de aprendizaje muy grande, porque es muy frecuente que, por ejemplo, se confunda amar con poseer. Amar con poseer es muy fácil. Ojo, no solo una soltera, una tía, también en un padre, también en una madre, también en una pareja, entre el matrimonio, entre el esposo y la esposa. ¿Es tan fácil que se confunda amar con poseer, con tener para mí?, hay personas que son, por ejemplo, son enfermizamente celosas. ¿Por qué? Pues porque confunden amar con poseer. Se piensan que el amor es una especie de almohada en la que yo me siento y me siento cómodo, ¿no? Por eso es tan importante educarnos en el amor, ¿no? Y examinarnos y dejarnos acompañar y que el noviazgo esté acompañado espiritualmente y que yo lo piense, etc, ¿no? Y sí, ese reto lo tenemos todos, ¿sabes? No es cosa de porque el soltero tenga más peligro de ello, ¡eh! ese peligro existe en todas las vocaciones.

También en la sacerdotal, ¿sabes? También un sacerdote le puede ocurrir que él, por ejemplo, pues se le pide que sea padre de una parroquia y se entrega un grupo de jóvenes, etc, etc., etc., y de repente un día viene un obispo, que suelen ser un poco los peligrosos los obispos, ¿no? Y viene un día un obispo y le cambia de destino, por ejemplo, ¿no? va a servir en otro lugar. Y entonces él siente un apego tremendo por las personas con las que estaba y entonces se rebota y no quiere, y no está dispuesto a desprenderse del servicio que ha hecho, o sea, es decir, es fácil apegarse, es muy fácil que el amor esté ligado apegos. Amar en libertad es un reto muy grande, pero es importantísimo. Amar en libertad a tu esposo, a tu esposa, no sofocar a tus amistades. Hay gente que tiene amistades que la sofoca, porque es que más que amar es que es

que lo estrangula. Y entonces amar sin poseer, amar sin utilizar, amar es lo contrario de utilizar, y eso supone pues una educación interior muy grande, ¿no?

Pues mira, en esta vida nosotros estamos en discernimiento, ¿me explico?

O sea, un cristiano es alguien que está discerniendo. ¿Y qué es discernir? Estoy intentando buscar cuál es la vocación que Dios ha pensado para mí. Imagínate que una chica está totalmente ilusionada con un chico y dice, "Jo, este es el amor de mi vida y no sé qué y no sé cuántos", ¿no? Y de repente se pega un palo tremendo porque ve que esa persona de la cual estaba profundamente enamorada, descubre que es un jeta pues tremendo. O igual no es tan jeta, pero sencillamente hay desilusión o desinterés, ¿no? Y entonces en ese momento, ¿qué lectura tenemos que hacer nosotros? A ver, yo creo que la lectura que tenemos que hacer es la de decir, primero mi corazón sangra, explico. O sea, es imposible que no sangre porque yo estaba enamorado y entonces si estaba enamorado, yo no puedo dejar de sangrar. Y es muy importante que en ese momento nos abracemos a la cruz.

También Jesús experimentó el amor divino, experimentó lo que es amar y no ser correspondido. Jesús lloró cuando vio Jerusalén y dijo, "Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido reuniros como la gallina a sus polluelos debajo de las alas y no habéis querido" y lloró. Es impresionante ver también que el amor divino es rechazado. O sea, que también cuando alguien abraza la cruz del amor humano despreciado, ve un reflejo del amor divino despreciado.

Pero no tiene que quedarse solamente en esto, que sí, sino seguir discerniendo. Bueno, Dios, me irá descubriendo su plan de amor para mí, me lo iré descubriendo. Y a veces también en el rechazo de una persona, Dios se sirve de él para que descubra que mi camino era otro. O sea, uno no tiene quedarse digamos apegado, traumatizado a ese rechazo, sino estar abierto a lo que Dios quiera, irte descubriendo. Hasta de los pecados del prójimo, uno puede sacar una escuela para ir descubriendo lo que Dios quería para ti.

Y lo voy descubriendo de otra manera, porque un cristiano no es un inventor, sino un descubridor. La diferencia entre inventor y descubridor, yo creo que ya la entendemos. Un inventor, pues a ver, dice, pues yo invento algo que ha salido en mi cabecita, ¿me explico? Pero un descubridor no lo saca de su cabecita. Ve que algo que estaba ahí lo ha descubierto. Ha descubierto pues el átomo, pero el átomo no lo has inventado, lo has descubierto. Nosotros no somos inventores, somos descubridores. Con lo cual, hasta en los disgustos de la vida vamos descubriendo qué quería Dios de nosotros. Y aceptando, abrazando la cruz, también es una manera de ir descubriendo los caminos que Dios nos va revelando.

Vamos a ver, la clave está en que uno testimonie que la ley de Dios, que aparentemente es costosa. Fíjate tú, los cristianos, anda que no tienen leyes. Tú 10 mandamientos y luego normas de la iglesia, me explico, ¿no? Alguno piensa en que el cristianismo está lleno de leyes y prohibiciones y no sé qué, lo vive así ¿no? Yo creo que el mayor testimonio que podemos dar al prójimo es ver como, en la experiencia de mi vida la ley de Dios a mí me libera, para mí es liberadora. Es así.

Jo, tú vas a misa los domingos. tú es que está mandado, ¿no? Está mandado, mire usted. Vamos a ver. Es que ya sé que está mandado, pero en el fondo, la razón de ser del mandamiento, de santificar las fiestas, de ir a misa los domingos, la razón de ser del mandamiento no es más que que exista, una especie de semáforo que se pone en rojo cuando hay una carencia de amor y no eres capaz de poner de poner en el centro de la del domingo la Eucaristía. Es decir, la razón de ser del mandamiento de ir a misa al domingo, no es sino una pedagogía para que se te encienda una luz roja cuando tú ves que el amor no te impulsa, porque lo lógico es que a ti te mueva el amor, y que el amor sea el motor de los 10 mandamientos.

Por eso dice, dice San Agustín, “ama y haz lo que quieras”. Esa frase de San Agustín algunos pretenderían interpretar en el sentido anarco de la palabra. No, ama y haz lo que quieras, ¿no? San Agustín diría, “No me malinterpretes. Lo que he querido decir es que si verdaderamente te mueve el amor, todo lo que tú quieras va a ser la voluntad de Dios”. La voluntad de Dios va a coincidir con la tuya o la tuya con la de Dios, mejor dicho, ¿sabes? O sea, es decir, porque si verdaderamente el motor de la vida es el amor de Dios, la ley de Dios es casi lo lógico. Oye, que tienes obligación de ir a misa el domingo. Dice, pero por Dios, ¿qué pensabas yo que iba a hacer? Es que hay algo más importante que vivir la Eucaristía y escuchar la palabra de Cristo. ¿o qué? Oye, que no puedes que no puedes insultar a tus padres, que está prohibido, que lo prohíbe la religión. Pero por Dios, ¿me explico.?

Es que claro, dice Santo Tomás de Aquino que las virtudes cristianas no están consolidadas hasta que no nos resulten atractivos. Eso es verdad. Hasta que una virtud no te resulte atractiva, hay un cierto peligro. ¿Sabes? en si a ver si la meto la pata o no la meto. Ahora, cuando una virtud ya te resulta atractiva, es que ya ¿me explico?, está muy consolidada. Y entonces yo creo que nuestro testimonio ante los jóvenes es hacerles mostrar cómo es atractiva, o sea, para mí es atractiva, es o sea, es sería durísimo vivir sin la Eucaristía del domingo. ¿Me explico? Sería muy duro vivir sin ella. Sería muy duro vivir en la impureza, sería muy duro ser un mentiroso, me sentiría muy mal, o sea, etcétera, etcétera, ¿no? Ese es el gran reto.

Eso, como te puedes imaginar, no es cuestión de un debate intelectual, porque nosotros nos gustaría que hubiese un debate televisivo que eso quedase claro y todo el mundo es cristiano. Pues no, eso no funciona así, ¿sabes? No, esto funciona con un tú a tú, con un testimonio personal, con mostrar eso ante el mundo, pues uno por uno, que Cristo es liberador y que su ley es liberadora para nosotros.

Les hemos ofrecido la catequesis que impartió monseñor José Ignacio Munilla Aguirre, obispo de San Sebastián, en la peregrinación universitaria a la basílica de Nuestra Señora del Pilar, Pilarada 2014.